

la atiende, todo con el hijo lo endereza à Dios; ¡oh, qué pasos tan derechos para salvarse! Pero por qué solo de la muger dice esto el Apostol, y no del marido? No es tambien el padre el que tiene la misma obligacion? Sí, pero la madre, dice San Francisco de Sales, es con su devocion la mas fructuosa à la familia, es la que mientras el marido en sus cuidados fuera de casa, ella en casa siempre con el niño en los brazos, ò à su vista, yá se corrige la accioncilla, yá le riñe la mala palabra, yá le enseña à doblar las rodillas, à poner las manitas, à la oracion; y con estas, y otras piedades, ¡oh, cuánto consigue! Al gran San Luis, perla de Francia, cuánto le aprovechó para su santidad la gran piedad con que le crió su admirable madre la grande Reyna Española Blanca? A un San Edimundo de Inglaterra, qué lo promovió desde niño, sino una madre santa, que desde aquella edad le enseñaba al filicio, à la disciplina, y al ayuno? Quién ganó à un San Andrés Corsino sino una madre tan varonil como Christiana, que supo reprehender sus travessuras? Y por dexar otros millares, entre Venceslao, y Boleslao, Príncipes de Bohemia, hermanos de un padre, y una madre, qué facó à Venceslao Santo, que lo adoramos en los Altares, y à Boleslao un maldito, y un condenado? Que à Venceslao lo crió, y educó su abuela Ludmilla, muger santa, y piadosa; y à Boleslao lo crió su madre Draomira, muger infamísima, sobervia, y vana. (Apud Marchant. *ubi sup.*) De San Eleazaro, Conde de Arion, Príncipe secular, y casado, se refiere en su vida por digno fundamento de su grande santidad, que habiendolo ofrecido su madre à Dios desde recién nacido, pidiendo à su Magestad, que si despues havia de ser rebelde à sus divinos mandamientos, le quitara la vida al punto que acabara de recibir las aguas del Bautismo, le pagó Dios esta oferta, y lo favoreció con tal gracia, que siendo de solos tres años, no tenia mayor gusto que vér à los pobres; y si lo apartaban de ellos sin darles limosna, lloraba tan inconsolablemente, que no havia otro medio de callarle, sino dar à los pobres la limosna. Y siendo de cinco años, quanto le daban, lo guardaba con gran cuidado, y admirable memoria, y en viendo los pobres, él por su propia mano se lo repartia. Así mostró los indicios de la gran santidad que despues tuvo. Y si por el contrario, yá en esa edad los niños empiezan à mostrar señales de la impiedad que despues han de tener: y si yá echan las muestras de la sobervia, de la altivez, y de la mala inclinacion; pobres madres, que tal permiten. En esta edad está todo el principio del buen logro, y todo el logro del principio en la correccion, en el torcerles la voluntad en el castigo. Decidme, decidme: ¡qué Doctor es en la Iglesia un Agustino? Qué debe el mundo à su entendimiento? Qué debe la Christiandad à su saber? Pues veis todo eso, primero se lo debe al cuidado de sus padres. Llevaronle à la escuela, dice él mismo (grande trabajo!) para aprender las letras! In

*scholam ductus ut discerem litteras.* Y yo, como muchacho, qué sabía del provecho que havia en ellas? *In quibus quid utilitatis esset, ignorabam miser.* Iba de mala gana, era floxuelo, y costabame azotes: *Et tamen segnis in discendo essem, vapulabam.* Y aqui lo mejor: *Laudabatur enim hoc à parentibus.* Porque estos azotes los aplaudian, y se alegraban de ellos mis padres. (D. Aug. l. 1. Confes. cap. 9.) ¡Oh, padres dichosísimos, à quien así debe la Iglesia, y debe el mundo à un Agustino. Dexáransele en casa, porque llora, porque no quiere ir, porque es niño, y porque es el idolo, y huviera sido, como tantos, un condenado quizá, y un demonio.

Mas yá en los años de discrecion, aqui la imponderable carga de los padres, aqui la cuenta mas terrible, que tanto se descuida, y que à tantos condena. Yo quisiera, decia Crates, subir à un puesto tan levantado, que desde él me oyera todo el mundo, para decir estas palabras: *Adónde vais, mortales, que todos vuestros cuidados los poneis en adquirir hacienda; y de vuestros hijos, à quienes la habeis de dexar, tenéis tan poco, ò tan ningun cuidado?* Quién no vé esto cada instante? Qué fatigas, qué diligencias, qué desvelos, todo yá para adquirir, yá para adelantar, yá para agrandar la hacienda, en esto los días, las noches, y los años. Y vuestros hijos, hombres, quién los cuida, quién los corrige, quién los enseña? Oh, locura, que no cabe en la ponderacion! Dexarlos à ellos en sí perdidos, y luego mucha hacienda à la redonda: Quién, pregunta S. Chrysoftomo, (Chyf. hom. 6. in Matth.) estando la casa de su propria habitacion yá cayendose, podridas las vigas, desmoronadas las paredes, se pusiera à gastar su caudal en hacerle un jardin con grandes invenciones de agua, con varios, y hermosos recreos? En esto gasta, bruto, y dexas de gastar en la casa que se te viene al suelo? Pues caida ella, todo esto de qué servirá? Decidsele así mejor à un padre, que atento solo à dexarle al hijo el puesto, la conveniencia, le dexa el alma condenada, y la honra perdida. Estas no son ponderaciones, sino puras verdades cathólicas. En dos palabras: el padre tiene obligacion de pecado mortal de apartar à su hijo de todo lo malo, y de enseñarle todo lo bueno, segun la Ley santa de Dios; y esto, aunque mas le duela, aunque mas lo sienta, aunque en esto emplee todo el cuidado de su vida, todos los gastos de su hacienda, que todo vale menos que el alma. Y si no es así, como muchas veces no lo es, no hay que adularnos, por mas que se aleguen pretextos, dificultades, respetos para alargar el amor proprio. El padre, y la madre con su amor, y con sus lágrimas se condenan. Vayan recibiendo absoluciones solapadas, que despues de tanto, seguirán à millares de padres, que como ellos, están con sus hijos echandose eternas maldiciones en el Infierno. ¡Qué he de contar escarmientos pasados, si los vemos cada dia presentes? Qué he de referir historias, si cada dia vemos tragedias? Yá aquel hijo mal

mal criado, que de un tablaje en otro, de uno en otro burdél, se precipita hasta una muerte desafortada. Yá el otro mancebo, que del todo libre en juntas, y corrillos de ruines, despues de escandalosos alborotos, lo arrebató una muerte temprana. Yá el otro, que con el soplo del dinero, atrevido, ò que con las alas de noble, mas en sus acciones infame, despues de ser un vil borron de su casa, es una negra maldicion de la República. Yá todos los padres, sin alma, y sin honra (si no responden mas à lo bruto) dicen, que no lo saben, quando ese no saber arguye mas gravemente su torpísimo descuido, quando ese no saber manifiesta, que ni de sí mismo saben, ni miran el estado desventurado de su alma.

Oh, malos padres! De vosotros se quexa el Eterno Padre, que habiendos dado parte de su fecundidad con el nombre honroso de padre, vosotros lo abusais, para mayor ruina de las almas. De vosotros se quexa el Hijo de Dios, que habiendos tomado por sus cooperadores para la salvacion de vuestros hijos, vosotros, en vez de salvarlos, les servís de Demonios. De vosotros se quexa el Espiritu Santo, que habiendos escogido por instrumentos para que hagais camino en

vuestros hijos con la buena educacion à sus fantásticas inspiraciones, vosotros se las quitais de sus almas. De vosotros se quexa la Virgen María, que deseando tener en los vuestros otros tantos hijos, vosotros los haceis hijos del diablo. De vosotros se quejan los Angeles, que les estorvais los compañeros de su gloria. De vosotros se quexa la Iglesia, que le quitais su mayor decoro en los buenos Christianos. De vosotros se quejan las Repúblicas, que les causais con vuestros malos hijos sus daños, y alborotos. De vosotros se quejan las Comunidades, que con vuestros hijos mal criados les vais à manchar todo su lustre. De vosotros se quejan, en fin, vuestros mismos hijos, porque por vosotros padecen la vileza, la confusion, la deshonor, y la infamia: *De patre impio quaruntur filii, quoniam propter illum sunt in opprobrio.* (Eccl. 1. v. 10.) Y si tales son, y tan juntas las quejas, si tan altos como desde el mismo Dios contra vosotros los clamores, si solo se alegra el infierno con vuestro descuido; alta à crir bien los hijos, para que criados bien, con su buen logro, sean todo vuestro descargo, y regocijo mayor, y aplauso de la Gloria.

## PLATICAS DOCTRINALES,

SOBRE LOS SACRAMENTALES

### DEL AGUA BENDITA, Y PAN BENDITO.

OBRA POSTHUMA

DEL PADRE JUAN MARTINEZ DE LA PARRA,  
de la Compañia de Jesus.

Añadidas en esta última impresion, à continuacion de las Platicas de los SACRAMENTOS, que para mayor fruto de las almas, dió à luz el mismo esclarecido Autor.

#### PLATICA PRIMERA.

DE LOS BENEFICIOS, QUE recibimos con el Agua Bendita.

A 9. de Enero de 1695. en la Casa Profesa de México.

SI al paso que nos afligen los males, nos supieramos valer de los remedios: si como se abren los ojos al sentimiento en los trabajos, se abrieran à la fé en los mas seguros socorros; ni serian quizá tantas las quejas, ni quizá tantas las affic-

ciones. Todo un Ejército de Soldados de Caballeria, y de carros envió el Rey de Syria, para prender à Eliséo: ocuparon una noche los Campos todos à la redonda de Dothán; y al amanecer, viendo el Criado del Profeta (4. Reg. c. 6. v. 14.) cercada la Ciudad toda por todas partes con tanto aparato de enemigos, con tanto número de Soldados, lleno de miedo, desalentado todo, y dandose yá por perdido: ¡ay Señor, le dice à Eliséo, qué ha de ser de nosotros? qué harémos? Pero el Santo Profeta, echado en oracion, rogó à Dios, que abriese los ojos del Page, para que viese cuántos mas en número, y calidad eran los que él tenia à su defensa, y à su guarda, que los que

que lo cercaban à su daño. Abrióle el Señor los ojos, y vió todo un monte lleno de Caballos, y Carros de fuego, que al contorno de Eliséo hacían escolta: con esto perdió el miedo al punto, recobró el aliento, y dixo: vengan enemigos, mientras tal defensa tenemos. Oh, si con aquel abriera nuestra fé los ojos! Muchos son los males, que nos cercan, yá en el cuerpo, yá en el alma: muchos los daños, que nos afligen, yá en lo temporal, yá en lo eterno: muchos los enemigos, que nos combaten, yá visibles, yá invisibles; pero si con la fé vieramos, y lográramos, cuántas son las defensas, que tenemos en nuestro favor prevenidas, en vez de miedos, y de quejas, cobráramos con los mas seguros alientos los mas inestimables provechos.

Vimos yá en siete Soberanos Sacramentos tantas fuentes de nuestra vida, tantos baluartes inexpugnables à nuestra defensa, tantos tesoros inmensos à nuestro socorro, tanta Sangre de un Dios à nuestro espiritual aliento. Y queda solo en esos la defensa de nuestros males? Aun bastaba cada uno solo para todos; mas como se nos repiten por instantes los peligros, por instantes tambien nos previno la mas soberana benignidad los socorros. Y si nuestra Vida Christo, con todo el valor de su Sangre, nos instituyó los Santos Sacramentos nuestra Madre la Iglesia, inspirada, y asistida del Espíritu Santo, todo Dios de amor, que la alienta, nos instituyó los que llamamos *Sacramentales*. A la manera que pienso yo, mientras un Padre, porque lo es, emplea su caudal todo en ponerle al hijo la finca de un copioso mayorazgo, con todo esto la Madre por su parte, porque es Madre, aunque así lo vé enriquecido, no dexa por eso de solicitarle de lo que ella adquiere de su bolsillo otras alhajas preciosas, otros muebles de valor, deseosa de su mayor conveniencia. Así de nuestro Padre Divino, si tenemos en cada Sacramento un mayorazgo, tan copioso, como seguro; de nuestra amorosa Madre la Santa Iglesia tenemos, de lo que ella adquiere de su misma Magestad, inestimables bienes de cada uno de los que llamamos *Sacramentales*.

Y qué cosas son, y cuántos los Sacramentales? que quizá à algunos les cogera de nuevo este nombre. No hablamos de las Sagradas Ceremonias, y solemnnes Ritos, que la Santa Iglesia usa en la administracion de los Sacramentos Santos, à las quales por ordenarse à la decorosa veneracion, al religioso culto de los mismos Sacramentos, las llama Sacramentales nuestro Eximio Suarez. Otras cosas sagradas son las que aqui llamamos Sacramentales, porque destinadas por la Iglesia para socorros espirituales de las almas, para espirituales defensas de los daños contra nuestros invisibles enemigos, y de los peligros tambien, y daños de los cuerpos, se asemejan en su virtud à los Sacramentos, disponen en su modo para bien recibirlos, y suplen de alguna manera algunos de sus admirables efectos. Estas son, la primera, co-

mo mas principal de todas, el Agua bendita, el Pan bendito, la Oracion del Padre nuestro, la Confesion general, el Golpe de pechos, la Limosna, la Bendicion Episcopal: ceñidos todos en aquel antiguo verso: *Orans, tintus, edens, confessus, dans, benedicens.*

A que se reducen otras, no tan célebres. Sacramentales, dixe, que se llaman, por lo que en su virtud se parecen à los Sacramentos: porque à la manera que hiriendo el Sol no pocas veces en una espesa nube, de modo la reviste de sus rayos, la cerca de sus luces, la hermosea de sus resplandores, que parece otro Sol en el Cielo, à quien llaman los Astrologos *Parelion*; y si bien ella no es el Sol, ni tiene de ese Planeta Rey la virtud toda, mas lo retrata de modo, que tambien reparte ella sus luces: si cada Sacramento es un Sol, cada Sacramental, aunque no tiene, ni con infinita distancia, aquella virtud; mas con todo, por los ruegos, y oraciones de la Iglesia, hace cada uno en el alma, y en el cuerpo efectos admirables.

Oh, cuántos tiene que abraçar nuestro amor: tiene que admirar nuestra fé: tiene que lograr nuestra necesidad en el primero Sacramental, que es el Agua bendita, que tan sin atencion la tratamos, costumbre, que tan poco la estima el uso, que la aprecia tan poco la facilidad! Genio ruin de nuestra ingratitud, que solo lo dificil nos aumenta la estimacion: que solo lo que nos falta, nos hace dar valor à su precio! Sabido, ponderado, y conocido por la Doctrina Cathólica, lo que es el Agua bendita, cuáles los males de que nos libra, y cuántos los bienes que nos acerca, si no estuviera luego tan facil por la benignidad de la Iglesia el conseguirla, un pomo solo de Agua bendita no hubiera precio, ni valor con que estimarlo. Instituyóla, pues, el Apostol, y Evangelista San Mathéo, como lo refiere San Clemente Romano, (S. Clement. l. 8. *Constit. ap. c. 35.*) discípulo de San Pedro; y San Dionysio, discípulo de S. Pablo (Dionys. *cap. 2. Eccl. Hierem.*) Tan antigua, pues, como nacida en las mismas cunas de la Iglesia, es esta Apostolica tradicion. Promulgóla despues San Alexandro Papa, y Martyr, primero de este nombre, y quinto Pontífice despues de San Pedro, como consta del cap. *Quam de Consecr. dist. 3.* Y desde alli ha venido siempre venerada de los Santos Concilios, celebrada con prodigios admirables de los Santos, usada con innumerables milagros de los Fieles, y solo con blasfemos ladridos de los mas perversos hereges calumniada.

Yá desde la Antigua Ley anunciaban luces divinas esta Agua soberana: miraban à ella yá aquel labio de bronce, (Paralypom. c. 4. v. 6.) en que antes de la entrada del Tabernaculo, se lavaban los Sacerdotes: yá la célebre Agua de la Aspercion, que en los Números, (*Num. cap. 19.*) y en el Levítico le servia por mandado de Dios al Pueblo de Israel, para purificarse de las manchas legales; yá aquella Agua milagrosa, que mezclandola con sal el

Pro-

Propheta Eliséo, con ella sanó las amargas aguas de Jericó, y la tierra que antes era estéril, la dexó con esto fructuosa, y fecunda, dixo el citado Santo Pontífice Alexandro: *Benedicimos el agua mezclandola con sal,* (dice este Santo Pontífice) *para que se santifiquen los que con ella se rocian, porque si la ceniza de Jabaca mezclada con sangre,* (que eran las Aguas de la Aspercion) *limpiaba aquel antiguo Pueblo: y si el Propheta Eliséo, con aquella sal, quitó de las aguas la esterilidad, ¿quánto mejor acá la sagrada Agua, con las Oraciones, y Preces quitará la esterilidad, limpiará las manchas, multiplicará los bienes, deserrará à los Demonios, aterrará las fantasmas?* Y aun por eso, envidioso el demonio, como mono, imitador de la verdad, procuró que imitaran entre sus mentiras los Gentiles, sin mas efecto que engaños, esta Agua, que aunque les servia de rocío, les faltaba la bendicion. (*Ænei. 2.*) *Idem ter socias pura circumtulit unda: spargens rore levi, & ramo felicis oliva,* que dixo por todos los engañados Virgilio; pero esas eran memorias de la supersticion, envidiosas de la verdad.

Yá, pues, cuánto es el valor, cuánto el precio del Agua bendita, que tan barata tenemos, yá que duerma nuestra fé, yá que tan poco se aprecie lo eterno, y lo temporal? Facilmente lo diera hoy à entender, si se repitiera à tiempos el prodigio, que una vez sucedió en la Ciudad de Salerno, y lo refiere Marco Antonio Marfilio: (Marfil. in *Hydragio scilicet. 3. cap. 6.*) dice, que en aquella Ciudad, donde está el sepulcro del glorioso Apostol San Mathéo, conoció él à una muger muy anciana, y devotísima del Agua bendita, que todos los dias yendo à la Iglesia se rociaba con ella, y sucedióle no pocas veces, que todas las gotas de agua, que le caían en las tocas, manto, y ropa, se le convertian en granos de oro finísimo, y por esta maravilla, tomaron despues sus descendientes el apellido de *auro fino*. Ah, codicia, qué hicieras por tal efecto? Mejor diré, ah, vileza del humano corazon, cómo buscarais, cómo estimarais esta Agua, si al rociarla, cada gota así se convirtiera en un grano de oro, ò en una perla? Pues si una vez obró Dios este milagro, no fue por lo material del oro, que su Magestad desprecia; sino porque así conociera la fé, y estimara el alma, quanto es de esta soberana Agua el mas inestimable valor. Vámoslo viendo por sus efectos.

El primer efecto, que esta Agua hace en el alma, es limpiarla de los pecados veniales. Oh, si de estos hicieramos concepto, quantos son sus males! En lo corporal terrible es la muerte; pero es poco mal, pregunto, un tabardillo? Pues si el pecado mortal es muerte del alma, los veniales son un tabardillo, que la encaminan à esa muerte. Es el supremo mal el infierno, pero pregunto, les parecen regalo las penas del Purgatorio? Pues si el pecado mortal es el que pone al alma en el infierno, los veniales son los que en el Purgatorio la detienen entre imponderables tormentos. Y, oh! qué pudiera referir de su-

cesos terribles, de tormentos inexplicables de almas Santas, solo por pecados veniales! Y si de estos aun no se escapan los mas justos: si son los que cometemos innumerables; y si en las alabanzas de Dios, ni uno solo se ha de escapar; qué bien será el tener tan facil, tan à la mano, tan à cada rato, si queremos, en el Agua bendita su remedio? Pero es menester advertir, que aunque todos los Doctores Cathólicos (D. Th. 3. p. q. 87. art. 3.) convienen, en que tiene el Agua bendita este admirable efecto; pero en el modo, el sentir mas comun, mas seguro es, que no obra por sí sola, ò como ellos dicen: (*Suar. t. 4. in 3. disp. 12. scilicet. 2.*) *Ex opere operato*, que eso fuera ser Sacramento: obra, pues, en virtud de los ruegos de la Iglesia, si el que la recibe con la sumision del alma, con el conocimiento de la fé, junta tambien el arrepentimiento de sus culpas. Esto es lo que nos advierte bien el Cathecismo: (*Basiliens. verb. Pœnit. cap. 4. num. 6.*) *Todo esto hecho con devocion.* Y para bien tan grande, ¿quién no avivará la fé, y el arrepentimiento à lograr por instantes esta dicha? Ni para en eso: que esta bendita Agua alienta el corazon, y corroborá al espíritu con un espiritual conforte. Oh, qué testigo tenemos de esto en aquella admirable Virgen Santa Theresa de Jesus! (*In Vit. cap. 3.*) *Debe de ser, dice, grande la virtud del Agua bendita: para mí es particular, y muy conocida la consolacion, que siente mi alma, quando la tomo. Es cierto, que lo muy ordinario es sentir mas recreacion, que no sabria yá darla à entender, como un deleyte interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo; ni cosa, que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirando con grande advertencia: digamos, como si uno estuviese con mucha calor; y sed, y bebiesse un jarro de agua fria, que parece todo el sentido sintió el refrigerio.* Hasta aqui de sus experiencias dichas esta Virgen admirable. Y de su gran saber, Santo Thomás (D. Thom. 3. p. q. 65. art. 1. ad 6. & in 4. dist. 6. q. 6. art. 1.) afirma, que esta bendita Agua tiene una sagrada fuerza moral, que quita los impedimentos del alma, para que goce de los Sacramentos: excita en ella movimientos de fervor, y devocion, con que la encamina al remedio. Y à este intento refiere el Discípulo, que un Soldado tan enfermo, como desfalmado despreciaba los ruegos de un Sacerdote, que le exortaba al dolor de las culpas, y à recibir los Santos Sacramentos: y viendo que à todo se cerraba, y que todo su clamor era por agua; el buen Sacerdote, sin que lo entendiese el enfermo, le dió à beber un jarro de Agua bendita: y al instante, ò bondad infinita! comenzó aquel à pedir con grandes voces, que lo confesara: y haviendole ministrado los Sacramentos, acabó con señales dichosísimas. (*Baronius tom. 1. Annal. ann. Christi 57. n. 110.*) Oh, cómo hiciera en todos nosotros esta santa Agua efectos tan admirables, si supiera nuestra fé disponerse!

Por eso, pues, de costumbre antigua de la Iglesia, à la entrada de ella se nos pone siempre à la mano derecha el Agua bendita, (Durant de

Mmm

Ri-

Ritibus *Eccles. l. 64. c. 4.*) porque ella nos excite en el corazon à estar en el templo con reverencia, con devocion, y con fervor: porque ella nos aliente el espiritu à lograr el fruto de los Sacramentos, porque ella nos aparte las malignas ilusiones, con que el demonio nos procura alli privar de tan divinos frutos. Y por eso el antiguo Santo Concilio Nanatense mandó, que todos los Domingos el Parroco, despues de bendecir el Agua con la decencia, que pide tanto ministerio, rociara con ella à todo el pueblo. Por eso este Santo Concilio dispuso, que todos la llevarán à sus casas, la tuvieran en sus recamaras, rociaran con ella sus viñas, sus sembrados, sus ganados, sus habitaciones, para gozar con ella todos los bienes, y para que les sea defensa segura de todos los males corporales, y espirituales, como veremos en la Platica figuiente. Y ahora, para confirmacion de lo dicho, y aliento de nuestra devocion, referiré solo de entre innumerables este prodigio.

Tracelo de otros Autores nuestro Davero Ulpio. (Tom. 2. *Cathecis. Histor. tit. 20. cap. 10.*) Un Conde de Raceburg en Alemania, llamado Henrico, tenia presos à algunos Ciudadanos de Paris, afligiendolos con muchas molestias, y tormentos: havia rogado por ellos Ebernoldo, Obispo de aquella Ciudad; pero, sin que valiesen nada sus ruegos con el Conde Henrico, se estaban aquellos miserables presos. Llegó el dia solemne de la Pasqua, y por ser tan gran dia, llevaron los presos à la Iglesia, para que oyesen Misa; pero con la guarda, y todos cargados con sus prisiones, y en una collera, que con una gruefa cadena à todos los enfartaba. Dispuse el Obispo à celebrar la Misa, y antes de ella, saliendo à decir el *Asperges*, llegó entre la muchedumbre con el Agua bendita à rociar à los presos; echó sobre ellos, y sobre las prisiones aquella santa Agua, diciendo el verso del Psalmo 145. *Dominus solvit compeditos*, el Señor desata los presos: y luego al punto la cadena, y los grillos, à vista de todos, se quebraron, y cayeron por los suelos, dexando à los presos del todo libres. Levantaron la aclamacion, y el grito al prodigio: y para memoria del que la merece eterna, se guarda en aquella Santa Iglesia la cadena milagrosamente deshecha à fuerza del Agua bendita. ¿Cómo, pues, esta santa Agua no nos desatará del alma los hierros de veniales culpas, las prisiones que nos han de tener en la carcel de los mayores tormentos, si con sumision del alma la recibimos, si con devocion, y fervor arrepentidos logramos su divino rocío? Que purificando nuestras almas aun de las mas leves culpas, nos las restituirá à los candores de la Gracia.

## PLATICA II.

### DE LA ADMIRABLE VIRTUD, y eficacia, que tiene el Agua bendita contra los Demonios.

A 25. de Enero de 1695.

**B**enigno el Cielo al despuntar sus luces, vá desterrando con el bello rocío de la mañana las tinieblas de la noche. No parece, sino que à purificar yá el ayre, yá la tierra, primero esparciendo el rocío, limpia, y hermosa quanto pudieran afear las negras sombras, para derramar luego en la luz, y el calor envueltas con la alegría las mayores influencias à la vida. Asi vemos al romper la Aurora que serena transparencia en los ayres, y en las plantas todas! qué aljofar, que bellamente esparcido, quanto las secunda en las raíces, en las hojas las hermosa! Es en fin el rocío del Cielo el *Asperges* de la Aurora, el que entre el dia, y la noche despartiendo jurisdicciones, hace retirar huyendo las tinieblas, para que el dia se aposefione de sus luces. Qué retrato, como tan del Cielo, para el mas fecundo, mas benefico, mas poderoso rocío, con que en el Agua bendita la mas bella Aurora, la Iglesia digo, nos reparte rocío de luz, que triunfe contra las infernales tinieblas! *Quia ros lucis ros tuus.* (Isai. 26. 29.) podemos decir con Isaias. Y si quando está la Luna llena, entonces es, dixo Plutarco, quando reparte el Cielo el rocío mas abundante, y mas benefico de la plenitud de méritos de la Luna: que eternamente perfecta, y llena le lleva al Divino Sol sus agrados, nos viene este rocío bendito con eficacias tan poderosas, que cada gota fuya es una encendida bala, con que ayudando nuestra fé, podemos batallar seguros: *Adversus mundi rectores tenebrarum.* (D. Paul. ad Cor.) contra los Principes todos de las infernales tinieblas.

Este es, pues, otro amabilísimo efecto del Agua bendita: este otro precio sin precio del todo inestimable de su grande valor: sernos defensa tan à la mano, tan facil contra un poder, que en toda la tierra no hay fuerzas, que puedan igualarse à la menor de sus violencias: *Non est potestas super terram, quæ comparetur ei.* (Job. 41.) Contra una fuerza tan terrible, que como las pajas mas débiles troncha, y desmenuza los cerrojos de hierro mas fuertes, y que à su violencia las dobladas planchas de bronce se doblan, y desmenuzan como podridas tablas: *Reputabit quasi palleas ferrum, & quasi lignum putridum es.* (Job. 41.) Contra un enemigo tan astuto, que juntando de todas las fieras lo cruel, de las bestias todas lo sangriento, de las fierpes todas lo venenoso, à todas juntas les gana con sus

ar-

ardides: *Callidior cunctis animalibus terræ.* (Gen. 3.) Contra un espiritu, y contra millares de espiritus, que siempre desvelados, siempre sollicitos, no tienen otro desfo, que nuestro daño; no tienen otro cuidado, que nuestra ruina; y mientras dormidos nos atifvan, mientras descuidados nos cercan, mientras divertidos nos persiguen, y ni un solo instante nos dexan: contra los Demonios en fin, que uno solo, si lo dexara Dios, bastara para trastornar todos los mares, trabucar todos los montes, revolver, y desquadrar todo el Orbe: contra los Demonios, que si hicieramos el debido concepto de quanta es su rabia contra nosotros, quanto su desfo de nuestro mal, y quantas sus astucias; era para que vivieramos en una continua congoja, en un perpétuo susto, siempre estremecidos, y temblando siempre.

Contra estos, pues, nos pone nuestra Madre la Iglesia en la mano, con el Agua bendita, la defensa tan eficaz en solo su rocío. No han visto, cómo al disparar la escopeta vuelan al instante, huyendo la parva de todos, tan temerosos, que un instante no páran? Pues así esos malditos espiritus, que tanto pueden, que tan de valientes se precian, que tanto pueden, y trastornan; al rociar esta Agua santa un niño, una muger, llenos de miedo los hace huir temerosos, temblando. Aun no lo expliqué bien: no han visto, dice San Vicente Ferrer, (*Serm. de Agua bened.*) quando al olor de la comida acuden à la cocina los perros? La cocinera, que ni echarlos le basta, ni amargarles con un palo, porque vuelven una, y otra vez repetidamente molestos, qué hace? previene un perolillo de agua hirviendo, dexalos acercar, y echandofela toda encima, salen rabiando, de modo, que no vuelven tan presto. Pues esto hace el Agua bendita con el mas molesto perro, que es el Demonio: echafela encima, que como el perro sale de alli rabiando, así saldrá huyendo el Demonio.

Yá, pues, sea en las tentaciones, con que este maldito espiritu tan peligrosamente nos molesta, yá en las ilusiones con que nos turba, yá en los miedos con que nos espanta, el rocío, al punto, de la Agua bendita, ha de ser nuestra manual defensa, como lo era de la admirable Virgen Santa Theresa de Jesus. Una vez, dice, que estando en oracion, le apareció en abominable figura, y añade: *Yo tuve gran temor, y santigueme como pude, y desapareció; y tornó luego. Por dos veces me acaeció esto: yo no sabia qué me hacer: tenia alli Agua bendita, y echafela hacia aquella parte, y nunca mas tornó.* Y otra vez, y otras veces, dice, le sucedió lo mismo. Y así nos atestigua de su experiencia: *De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan para no tornar: de la Cruz tambien huyen; mas vuelven luego.* Debe de ser grande la virtud del Agua bendita: por eso la Santa la amaba tanto, y tanto de su defensa se valia. En otra ocasion, en que la atormentaba con golpes el Demonio, haciendo varias diligencias sus Monjas, aun no descansaba. Y dice ella misma:

*Pues como no cesaba el tormento, dixé, si no se riesen pediria Agua bendita: traxeronmela, echela hacia donde estaba, y en un punto se fue, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitáran.* Qué mas he de decir yo para aliento de nuestra devocion: Que usemos con viva fé de esta espiritual soberana defensa: que si no se logran à todas veces sus efectos, es sin duda, porque ni le acompaña nuestra fé, ni nuestra devocion: pues no era mas que Agua bendita, con la que obró tales triumphos Santa Theresa.

Para lanzar los Demonios de los cuerpos, que atormentan, referir de esta Agua soberana la eficacia, fuera trasladar aqui millares de prodigios, con que en las vidas de los Santos desde lo mas primitivo de la Iglesia, hasta nuestros tiempos, ha venido esta Agua siempre desterrando tinieblas. A centenares pudiera referir los milagros. Mas por todos en breve refiere el Discipulo, que un hombre embriagado, y perdido del vino, encontrandose en una calle con un endemoniado, como quien no tenia en su lugar la cabeza, parandose, le dixo al Demonio, que se entrase en él, y dexase à aquel hombre; pero el Demonio le respondió: si hiciera, pero no puedo. ¿Pues por qué no puedes? Porque esta mañana estuviste en la Iglesia, y te cayó una gota de Agua bendita en la boca. De modo, que una sola gota de Agua bendita así reprime; así detiene un furor tan desenfrenado. ¿Pues qué hará, y qué no ha hecho yá en arrojarlo de los cuerpos? Ni solo de los cuerpos, sino tambien de las casas, que infestan, y persiguen estos malditos espiritus, que llamas Duendes, que rociadas con el Agua bendita, repetidas veces se han librado de sus inmundicias, de sus inquietudes, y de sus perversas turbaciones.

Así libró San Theodoro Archimandrita la casa toda de un Duque, llamado tambien Theodoro, que infestada de malignos espiritus, no dexaban à los habitadores comer, ni cenar, ni descansar, y al rocío del Agua bendita se les restituyó la paz. (S. Braulio *in ejus vita* 517.) Así San Millan el de la Cogulla restituyó la quietud à la casa de un Senador, llamado Honorio. Así San Gregorio el Monge libró con el Agua bendita todo un Pueblo, à quien inquietaba, y turbaba un Demonio en figura de Toro. (Joan. Diac. *in vita S. Gregor. lib. 4. num. 93.*) Así San Bilibordo Obispo, restituyó con el Agua bendita el amable sosiego à un noble Ciudadano de Utrec, en cuya casa un maligno Demonio, quanto encontraba lo echaba en el fuego; y à él esta Agua soberana le echó tanto fuego encima, que lo hizo retirar.

Ni solo contra el Demonio, sino tambien contra sus infernales ministros, hechiceros, y brujos tiene el Agua bendita la mas dichosa eficacia, para deshacer sus enredos, sanar de sus males, librar de sus hechizos, desvanecer sus encantos. Y siendo este esquadron funesto tan digno de temo-